Trazos sobre piedra: vida de los primeros cristianos

Silvia Mas
Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Italia

1. Primeros cristianos

Los escritos del Beato Josemaría presentan abundantes referencias a los primeros cristianos como modelo de un estilo de vida: la de fieles corrientes plenamente conscientes de su fe. Monseñor Escrivá tuvo una percepción muy clara y una mirada atenta a la vida de aquellas primeras generaciones que transcurrían sus jornadas con un alto ideal cristiano que se abría paso con discreta y activa firmeza.

De ese primer periodo de la Iglesia conservamos gran diversidad de documentos escritos que nos dan a conocer sus creencias y nos describen algunos aspectos de su actuación. Con el presente trabajo queremos indagar en los vestigios que nos ofrecen las fuentes arqueológicas, especialmente las epigráficas, para formar un cuadro detallado de aspectos concretos del quehacer de los primeros fieles y confrontarlo con algunas de las enseñanzas del Beato Josemaría cuando menciona ciertos rasgos de esas generaciones de cristianos: fe, virtudes, ocupaciones cotidianas, y en definitiva, una cercanía a Cristo que se refleja en su entorno vital. «Fue así como vivieron aquellos primeros —se lee en una de sus homilías—, y como debemos vivir nosotros: la meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, el encuentro con Cristo en la Eucaristía, el diálogo personal —la oración sin anonimato— cara a cara con Dios, han de constituir como la substancia última de nuestra conducta. Si eso falta, habrá tal vez reflexión erudita, actividad más o menos intensa, devociones y prácticas. Pero no habrá auténtica existencia cristiana, porque faltará la compenetración con Cristo, la participación real y vivida en la obra divina de la salvación»[1].

[1] *Es Cristo que pasa*, 134.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a) Las fuentes

Con frecuencia, cuando Monseñor Escrivá pone ante nuestros ojos a los hombres de la Iglesia incipiente utiliza la expresión "primeros cristianos", que aparece con esos términos en numerosos pasajes de sus obras publicadas[2], aunque también habla sencillamente de los "primeros"[3] o, por medio de otras expresiones, precisa a quiénes se está refiriendo: "los primeros Doce"[4], "los primeros Apóstoles"[5], "los primeros discípulos"[6], "nuestros primeros hermanos en la fe"[7], "los primeros seguidores de Cristo"[8], "la primitiva comunidad cristiana"[9], "la primitiva cristiandad"[10]. También recrea el marco histórico en el que quiere introducirnos citando el "primer momento de la vida de la Iglesia"[11], "la Roma de Pedro y Pablo"[12], y el ambiente de la antigüedad cristiana: la persecución, la expansión del cristianismo y la conversión del Imperio romano[13], recordando también algunos aspectos característicos de las comunidades paleocristianas, como los lugares de culto y la piedad, con alusiones a la iconografía, como la figura del Buen Pastor frecuente en las catacumbas[14].

Una consideración previa, para centrar adecuadamente el tema, consiste en definir el marco temporal que incluye la expresión "primeros cristianos". Acudiendo directamente a sus textos publicados observamos que bajo el nombre genérico de "primeros cristianos" o "aquellos primeros" puede hacerse una distinción en dos grandes bloques claramente diferenciados por el uso de las fuentes: el primero, en relación con los textos del Nuevo Testamento, en particular,

[2] *Camino*, 28, 570, 971; *Es Cristo que pasa*, 30, 66, 96, 131, 153; *Amigos de Dios*, 225, 241, 269; *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 14, 24, 61, 103; *Surco*, 320, 490; *Forja*, 10; Artículo "*Las riquezas de la fe*", publicado en el suplemento semanal *Los Domingos de la fe* de el ABC (Madrid), 2-XI-1969; "*El fin sobrenatural de la Iglesia*", en *Amar a la Iglesia*, Madrid 1986[3], p. 54.

[3] *Camino*, 799; *Amigos de Dios*, 186; *Es Cristo que pasa*, 134.

[4] *Es Cristo que pasa*, 120.

[5] *Forja*, 356.

[6] *Es Cristo que pasa*, 30.

[7] *Ibidem*, 36.

[8] *Surco*, 921.

[9] *Conversaciones*, 89; *Es Cristo que pasa*, 127 y 134.

[10] *Forja*, 362.

[11] *Es Cristo que pasa*, 141.

[12] "*Lealtad a la Iglesia*" en *Amar...*, cit., p. 28.

[13] Cfr. "*Trascendencia social de la educación*", en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Pamplona 1993, pp. 51-52.

[14] Cfr. *Amigos de Dios*, 156.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

por el comentario de pasajes de los Hechos de los Apóstoles, se refiere a la edad apostólica[15]; el segundo, apoyado principalmente en textos patrísticos, nos sitúa entre los seguidores de Cristo en el Imperio romano[16].

De este modo, el uso del término "primeros" responde a un periodo global. «Podemos constatar que [el Beato Josemaría] considera que son aquellos que vivieron en el arco de tiempo que va desde el núcleo inicial de los primeros "Doce" seguidores del Señor (cfr. *Carta 24-X-1965*, 13) hasta los inicios del siglo IV, cuando tuvo lugar la persecución de Diocleciano y Maximiano. Por otro lado, pensamos, que el lapso de tiempo de los tres primeros siglos de la Era cristiana representa, con suficiente precisión, una primera etapa de la vida de la Iglesia, que posee ya especificidad y coordenadas propias, que cambiarán de modo significativo a partir del Edicto de Milán del 313»[17].

b) Lugar y tiempo

Nos situamos en un marco cronológico determinado: los tres primeros siglos de cristianismo. A su vez, son siglos diferenciados entre sí por sus características propias dentro del crecimiento de la Iglesia. Precisamente, por la diversidad en cada una de esas etapas, la información que obtenemos desde el punto de vista arqueológico no se muestra uniforme; es más, durante los dos primeros siglos resulta escasa, aunque ese silencio es significativo, y aumenta —como lo hace también el número de fieles— hasta llegar a una madurez cuya expresión, ya en un tiempo de paz, se ve facilitada por la fecha culminante del 313. Por ese motivo, utilizaremos también epígrafes que sobrepasan el límite de los tres primeros siglos, introduciéndonos en el siglo IV y recogiendo así una producción más elaborada, aunque prescindiremos de las inscripciones damasianas, pues

[15] *Act* 2, 42 en *Es Cristo que pasa*, 134 y 153; cfr. *Act* 4, 8; 4, 31; 10, 44-47; 13, 2-4 en *ibidem*, 127; cfr. *Act* 10, 24-28; 18, 1-26 y 9, 36 en *ibidem*, 30; Act 18,24-25 en *Amigos de Dios*, 269; Gal 3, 28 en "*Las riquezas...*"; y 3, 26-38 en *Conversaciones*, 14; cfr. *Gal* 4, 3 en "*Las riquezas...*"; *Phil* 4, 13 en *Es Cristo que pasa*, 120; Heb 4, 12 en *ibidem*, 131; *Rom* 16, 15 y *Phil* 4, 21 en *ibidem*, 96; *1 Cor* 16, 19 en *Conversaciones*, 103.

[16] San Ignacio de Antioquía, *Epistola ad Romanos*, 7, 2 en *Es Cristo que pasa*, 66; Tertulliano, *Apologeticum*, 39 en *ibidem*, 36 y *Amigos de Dios* 225; San Agustín, *De sancta virginitate*, 6 en *Es Cristo que pasa*, 141; Prudencio, *Peristephanon*, II, 3 y 433-436 en "*Trascendencia social...*", cit., pp. 51-52: San Gregorio Magno, *Moralia* 21, 2, 4 en *Amigos de Dios*, 186.

[17] Cfr. D. Ramos-Lissón, "*L'esempio dei primi cristiani negli insegnamenti del Beato Josemaría*", en «Romana» 29 (1999), pp. 292-293.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

presentan unas características específicas al dirigir su atención a determinados fieles y comprende epígrafes posteriores a los hechos que narran.

El enfoque del tema se plantea desde la perspectiva de la Historia de la Iglesia y, obviamente, sin agotar en absoluto ninguno de los puntos que saldrán a relucir. En cuanto a la delimitación geográfica, las fuentes epigráficas que citaremos se circunscriben a la ciudad de Roma, cuya comunidad cristiana fue abundante en número de fieles y nutrida en restos monumentales. Hemos decidido proceder así, en primer lugar, por una cuestión metodológica: marcar el espacio. Una segunda razón, de distinta índole, está en sintonía y agradecimiento al Beato Josemaría por el hondo amor a la Iglesia que supo transmitir con su vida y sus escritos. Como atestigua la Tradición, en la ciudad de Roma San Pedro predicó el Evangelio y sufrió su martirio[18]. A esta ciudad, por su inseparable asociación con el Romano Pontífice el Beato Josemaría manifestaba su profunda reverencia: «Venero con todas mis fuerzas la Roma de Pedro y de Pablo, bañada por la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo. Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo auténtico; supone el deseo de agrandar el corazón, de abrirlo a todos con las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero»[19].

2. Escritos sobre piedra

La ciudad de Roma fue, desde el inicio del cristianismo, un lugar crucial. Las fuentes escritas atestiguan la presencia de los apóstoles Pedro y Pablo en la Urbe. «Si confinas con Italia —escribe Tertuliano— ahí está Roma [...] ¡Feliz Iglesia ésta, sobre la que derramaron los Apóstoles, juntamente con su sangre, toda su doctrina! Allí Pedro igualó la Pasión del Señor; allí Pablo fue coronado con la muerte de Juan el Bautista...»[20]. Igualmente, los textos notifican que en la

[18] «En la figura, la misión y el ministerio de Pedro, en su presencia y en su muerte en Roma atestiguadas por la tradición literaria y arqueológica más antigua, la Iglesia contempla una profunda realidad, que está en relación esencial con su mismo misterio de comunión y salvación: "Ubi Petrus, ibi ergo Ecclesia" (San Ambrosio de Milàn, *Explanatio super psalmos* XII, 40, 30)» (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Consideraciones sobre el primado del sucesor de Pedro*, [31-X-1998], n. 3).

[19] "*Lealtad a la Iglesia*", en *Amar...*, cit., p. 28.

[20] *De praescriptione haereticorum*, 36, 2. Los documentos literarios al respecto son abundantes: Nuevo Testamento: *Act* 12, 17; 1 *Pet* 5, 14; la literatura apócrifa: *Ascensio Petri* 4, 2; *Actus Petri cum Simone*, *Domine, quo vadis?* y *Apocalypsis Petri*; Padres de la Iglesia y escritores

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

edad apostólica el número de cristianos en Roma era elevado, una multitud enorme[21], recordada por San Clemente Romano refiriéndose a San Pedro y San Pablo, a quienes «vino a agregarse una gran muchedumbre de escogidos, los cuales, después de sufrir por envidia muchos ultrajes y tormentos, se convirtieron entre nosotros en el más hermoso ejemplo»[22]. Multitud, que con el paso de los años creció de modo sorprendente: un cálculo audaz, aunque fundado y orientativo, cifra en treinta mil fieles en Roma a principios del siglo III[23].

Estos datos muestran una comunidad amplia en número, y también en la modalidad de sus representantes, que ofrece una importante información de material arqueológico. El recurso a las fuentes monumentales no significa, en modo alguno, omitir las literarias: los monumentos sin el apoyo de los escritos son testigos mudos. La letra nos transmite el pensamiento, los conceptos y la mentalidad de un tiempo. Las fuentes monumentales corroboran tangiblemente la realidad que nos llega por la vía manuscrita. «El estudio de la espiritualidad antigua se apoya sobre todo en las fuentes literarias. Por lo general, éstas nos describen ya sea la doctrina y las prácticas de la Iglesia oficial, ya las opiniones, a veces personales, de los teólogos. Estas fuentes primarias nos ofrecen la espiritualidad fundamental de aquellos siglos lejanos. Sin embargo, si se quiere llegar a una visión más global de la espiritualidad antigua es necesario interrogar también a las fuentes monumentales»[24].

En particular, la epigrafía —expresión de normativas, disposiciones y otras formalidades transmitidas sobre un soporte duro por medio de inscripciones— era un procedimiento habitual en la tradición grecorromana. «La epigrafía aparece como uno de los fenómenos más característicos de la civilización antigua y

cristianos: San Clemente, *Ad Corinthios* 5, 1-4; 6, 1-2; San Ambrosio, *Tractatus in Symbolum apostolorum*, 7; Eusebio di Cesarea, *Historia Ecclesiastica*, 2, 25, 7; Filocalo, *Chronografus* (a. 354); *Martyrologium Hieronymianum* (ca. 431).

[21] Era una "multitudo ingens" (Tácito, *Annales* XV, 44).

[22] San Clemente, *Epistola ad Corinthios* 6, 1.

[23] A. Von Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten* II, Liepzig 1924, p. 806 en V. Fiocchi Nicolai, "*Origen y desarrollo de las catacumbas romanas*" (pp. 9-69) en Aa.Vv., *Las catacumbas cristianas de Roma. Origen, desarrollo, aparato decorativo y documentación epigráfica*, Regensburg 1999, nota 76, p. 67. Según Jedin, a principios del s. IV, antes de la persecución de Diocleciano la población del imperio romano era de cincuenta millones, y se piensa que los cristianos eran siete millones, un quince por ciento del total, en territorios con una cristianización no uniforme: cfr. H. Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. I, Barcelona 1966, p. 545.

[24] J. Janssens, *Vita e morte del cristiano negli epitaffi di Roma anteriori al sec. VII*, Roma 1981, p. 2.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ofrece una documentación preciosa acerca de las estructuras de las sociedades donde ella es a la vez producto y reflejo»[25].

Los cristianos de Roma siguen, como sus contemporáneos, el uso de algunas formalidades sociales que en sí son neutras y no contrastan con sus creencias. Una fuente abundantísima para el conocimiento de esas primeras generaciones son las inscripciones de ámbito funerario. Tal vez, de entrada, no es el punto más atrayente, sin embargo, «la vida cristiana del pueblo se refleja ante todo en el estilo compendioso y lacónico de los breves epitafios, redactados en prosa con el lenguaje de todos los días»[26].

En la actualidad, procedentes de las catacumbas romanas conservamos más de cuarenta mil epígrafes de los siglos III-V, cuando se abandonó la práctica de enterrar en el subsuelo[27]. Es una material extenso y rico, que ofrece una panorámica de la vida en la Urbe y asimismo deja entrever un proceso de penetración del cristianismo en la sociedad.

3. Rasgos característicos

Exponemos a continuación distintos aspectos sobre los primeros cristianos. Iniciaremos con la consideración del bautismo que se desprende de las inscripciones y trataremos brevemente las convicciones y actividades de los fieles de Roma[28].

[25] G. Mihialov, "*Introduzione*" en Aa.Vv., *La terza età dell'epigrafia. Colloquio AIEGL-Borghesi 86*, Faenza 1988, p. 8.

[26] E. Le Blant, *Iscriptions chrétiennes de la Gaule antérieures au VIII siècle*, vol. II, Paris 1985, p. 407, en J. Janssens, *Vita...*, cit., p. 9.

[27] Cfr. D. Mazzoleni, "*La producción epigráfica de las catacumbas romanas*" (pp. 147-184), en Aa.Vv., *Las catacumbas...*, cit., p. 147.

[28] Los epígrafes citados proceden de A. Silvagni - A. Ferrua - D. Mazzoleni - C. Carletti (eds.) *Inscriptiones Christianae Urbis Romae septimo saeculo antiquiores, nova series* (=ICUR NS), antología de inscripciones cristianas de Roma iniciada en 1922 por la Sociedad Romana de Historia Patria y por el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana, y todavía no terminada la nueva versión de la iniciada por G. B. de Rossi en 1857. El lugar de edición de los volúmenes III-X es Roma-Ciudad del Vaticano.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a) El bautismo

El sello del bautismo

En las últimas décadas del siglo II d. C., entre el 170 y el 200, Abercio, obispo de Hierápolis en la "Phrigia Salutaris", compuso en veintidós hexámetros su propio epitafio, una pequeña biografía, que se grabó en un ara sepulcral de mármol. En los versos 7 a 9 menciona un episodio significativo: «el que [Cristo] me envió a Roma a contemplar un reino y a ver una reina de áurea veste y sandalias de oro. Allí vi a un pueblo que tenía un sello resplandeciente»[29].

Estos versos conservan el parecer de un observador antiguo que se acerca a la Urbe. No es un inscripción romana, pero sí nos ofrecen información sobre Roma. El escrito, según el gusto literario por lo oscuro y ambiguo de ese período, presenta «una arcana bivalencia: el reino es el de Marco Aurelio, pero también el de Cristo; la reina es Roma y, al mismo tiempo, la Iglesia; el sello es el del imperio, pero también el de la fe»[30]. El *sello resplandeciente*, del que el obispo frigio da noticia, recoge una tradición común en los primeros siglos: en el Nuevo Testamento y, ya anteriormente, en la versión de los LXX, sello, σφραγρίς, significaba el instrumento para imprimir un signo, generalmente, el anillo de sellar, y en consecuencia la marca o impronta que se obtenía. El Nuevo Testamento con frecuencia suele hacer uso en sentido figurado de los términos *sello* y *sellar*. «Es especial el sello que, hablando figuradamente, se imprime a un hombre, y que es signo de que pertenece al dueño del sello, sea Dios o Cristo, y que puede gozar de su protección (Ap 7, 2-8; 9, 4; cfr. Ez 9, 4.6; Ap 14, 1; 22, 4). Así ha sellado Dios a los cristianos (2 Cor 1, 22) al hacerlos suyos por el bautismo, y los ha sellado con el Espíritu Santo (Eph 1, 13; 4, 30). En la línea de este vocabulario, se sitúa también el hecho de que, desde el siglo II (HERMAS, *Pastor, Similitudo* VIII, 6, 3; IX, 16, 3-5.7; 17, 4; 31, 1.4; PSEUDO-CLEMENTE, *Epistola ad Corinthios*, 7, 6; 8, 6; *Acta Pauli et Theclae* 25), *sello*, σφραγρίς, se convierte en nombre del bautismo»[31].

De los versos de Abercio se desprende un primer punto: el sello se presenta como un elemento que establece una distinción para el que ha sido signado,

[29] «Εἰς Ρώμην ὅς ἔπεμψεν ἐμὲν βασιλείαν ἀθρῆσαι | καὶ βασίλισσαν ἰδεῖν χρυσόστολον χρυσοπέδιλον. | λαόν δ᾽ εἶδον ἐκεῖ λαμπρὰν σφραγεῖδαν ἔχοντα»: cfr. M. GUARDUCCI, "*Epigrafía cristiana*" en A. DI BERARDINO (ed.), *Diccionario patrístico y de la Antigüedad cristiana*, Salamanca 1991, vol. I, pp. 725.

[30] *Ibidem*.

[31] J. MICHL, "*Sello*" en J. BAUER (dir.), *Diccionario de teología bíblica*, Barcelona 1985², pp. 982-984.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

una relación de pertenencia. A su vez, por el simbolismo del lenguaje con el que se expresa, a causa de las coordenadas sociales de su momento —tiempo de coexistencia de cristianos con no iniciados—, la alusión al sello atañe al ámbito espiritual. Por lo tanto, se establece una diferencia no física, y que aún así se le da una calificación plástica — *resplandeciente*— poniendo de relieve de este modo la clara conciencia del valor y efecto del sacramento.

Fieles, catecúmenos y neófitos

Las inscripciones de Roma, que podemos calificar con certeza como propiamente cristianas, pertenecen al ámbito funerario y tienen su punto de partida a finales del siglo II y principios del siglo III[32]. A lo largo del siglo III los formularios cristianos desarrollarán unas características específicas. En ellos no se encuentra el término 'sello', pero sin duda alguna, está presente el rasgo distintivo mencionado. De hecho, hay fórmulas que, con una simple palabra, subrayan dicha diferencia: se utiliza el vocablo *fiel*, "fidelis", πιστός[33] para designar a aquél que ha recibido el bautismo[34], y que precisamente distingue, ya sea del pagano o del catecúmeno, como podemos leer, por citar algunos ejemplos, de un joven de trece años que "fue hecho fiel antes de morir"[35], o de otros que murieron como "fieles"[36]. De Aproniano, que murió con la edad de un año, nueve meses y cinco días, se recuerda que «siendo muy querido por su abuela, cuando lo vio destinado a la muerte, rogó a la Iglesia para que abandonase la vida terrena como fiel»[37].

[32] «En Roma no hay testimonios válidos que induzcan a suponer la existencia de áreas cementeriales cristianas antes del pontificado de Ceferino (198-217)» (U.M. Fasola - P. Testini, *I cimiteri cristiani* en *Atti del IX Congresso Internazionale di Archeologia cristiana*, Roma 21-27 settembre 1975, Città del Vaticano 1978, pp. 138, citados por C. Carletti, "*'Epigrafia cristiana' — 'epigrafia dei cristiani': alle origini della terza età dell'epigrafia*", en *La terza...*, cit. p. 118).

[33] Acerca del término *fiel* cfr. A. Blaise, "*Fidelis*", en *Dictionnaire Latin-Français des Auteurs chrétiens*, Turnhout 1954, p. 351, donde se destaca que el fiel es el que tiene la fe, el creyente, el discípulo de Cristo (*Col* 1, 2), y con frecuencia, como sustantivo, designa al cristiano, bautizado, creyente (*Act* 10,45) opuesto a catecúmeno (Tertuliano, *De praescriptione haereticorum*, 41).

[34] El término *cristiano* es poco frecuente en los epitafios romanos. Si se encuentra, pertenece a lápidas de extranjeros: cfr. J. Janssens, *Vita...*, cit. p. 21.

[35] ICUR NS, VI, 15634: "Restutus nomen factus in morte fidelis terrena".

[36] Cfr. ICUR NS, I, 2033: "recessit in fidem"; II, 6268: "Optatus fidelis recessit"; IV, 12497: "Tertia casta femina / fidelis in pace deposita / IIII kal. Aprilis"; VII, 19766: "ἐκοιμήθη πιστή".

[37] ICUR NS, VIII, 23087: «... cum soldu (!) amatus fuisset a maiore sua et vidit / hunc morti constitu[tu]m esse [[p]]etivit de aeclesia (!) ut fidelis / de saeclo (!) recessisset».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Las inscripciones recogen términos que reflejan la presencia de quienes se preparan para acoger el sacramento, que viven como cristianos y esperan el bautismo como el momento cumbre de su itinerario de acercamiento a Dios. Así, se dice de un joven de veinte años, Víctor, que murió siendo catecúmeno, y se proclama "siervo del Señor Jesucristo"[38]. El catecúmeno es, por tanto, "aspirante al bautismo"[39]. Se utiliza la expresión "candidato en Cristo"[40], indicando así la persona que ha decidido adherirse al Señor[41].

El que acaba de ser incorporado a la Iglesia es el *neófito*, "neophytus", transcripción del griego νεόφυτος, con el conocido significado "plantado recientemente"; o en las [inscripciones] griegas el vocablo νεοφώτιστος, es el "iluminado recientemente"»[42]. Si bien es un término de cuyo uso más antiguo tenemos noticias en el siglo IV para abandonarse en el siglo VI. Edesio, funcionario imperial armenio de veinticinco años muere como neófito, y lógicamente instruido en el contenido de la fe: «Edesio neófito, que creyó en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo»[43], o bien Julia dice que «ahora que he recibido la gracia divina [el bautismo], seré acogida en paz como neófita»[44]. En definitiva, el término *fiel* sólo se aplica al bautizado, no al catecúmeno, que avanza en la catequesis para formar parte de la comunidad cristiana.

Hay que determinar entonces en qué se cifra esta diferencia o qué se requiere para esculpir el título *fiel* en una lápida. Obviamente, para la recepción del sacramento se requiere una creencia. En los epígrafes, de modo habitual, la palabra *fiel* aparece junto al nombre de la persona, y se completa con la fórmula "fiel en Cristo"[45], que perfila acabadamente el sentido de pertenencia al que hemos aludido al mencionar el sello. Este contenido subraya principalmente el don de la fe, dando a entender que recibir el bautismo implica creer en Cristo, como recoge una inscripción, probablemente preconstantiniana, en la que se dice de

[38] ICUR NS, VII, 20300: «κῖτε Βίκτορ κατηχούμενος / αἰτῶν εἴκοσι παρθένος / δοῦλος τοῦ κυρίου (ε) Ἰησοῦ Χρ(ιστοῦ)».

[39] J. Janssens, *Vita*..., cit. p. 25.

[40] Cfr. ICUR NS, I, 3495: «Fl. Herotimo indulgenti / candidato in XP».

[41] Cfr. A. Blaise, "*Candidatus*" en *Dictionnaire Latin-Français*... , cit., p. 127, en donde se dice que el candidato es "aspirante a".

[42] J. Janssens, *Vita*..., cit. p. 26.

[43] ICUR NS, V, 13443: «Aedesius neo/fitus qui credi/dit in patre et fi/lio et spiritu sa/ncto...».

[44] ICUR NS, IV, 11927: «...mox gratia dei percepi suscepta in pace neofyta»; cfr. también ICUR NS, II, 4640: «Marcia/nus enon/fitus (!)/ recesi (!)/ celi (!) tibi pa/ten(t) bisbes (!) /in pace».

[45] ICUR NS, II, 4985: "fidelis in Chr(ist)o"; cfr. también I, 437: «πιστὴ ἐν Χρ(ιστ)ῳ (Ι)η(σοῦ)».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

una niña de cinco años: «Aproniana, has creído en Dios, vivirás en Cristo»[46]. La pequeña, por su edad, no podía expresar sus creencias, pero ha recibido el sacramento y sus padres tienen el convencimiento de su fe.

Recibir la gracia divina

En fórmulas acuñadas desde antiguo se refleja un actitud de apertura ante la acción de Dios. El término bautismo y sus derivados no suelen utilizarse en Roma[47]. En cambio, por medio de los verbos "accipere", "percipere" y "consequi" (παρα)λαμβάνῳ, —y sus derivados—, y junto con la palabra, o en ocasiones sobrentendida, "gratiam (sanctam)", "gratiam Dei (Domini Nostri)" o "fidem", τὴν χάριν τοῦ Θεοῦ, πίστιν[48], se indica la preferencia por vocablos que manifiesten un sentido activo, quizá subrayando que la acción de Dios es acogida con iniciativa, aceptando conscientemente ese don. «El aspecto de don aparece en los epitafios en los cuales se afirma que la persona difunta se encuentra en el cielo, condecorada con "el don de Cristo"[49], o bien del bautismo»[50].

El bautismo es principalmente acoger el don y la salvación de Cristo: de un joven de doce años, que debía estar gravemente enfermo, ya que murió al día siguiente de su bautismo se dice, para significar el sacramento, que "tomó la cruz de nuestro Señor", con uno de los mismos verbos que indican el bautismo[51].

Ese don se considera hasta tal punto valioso que no son extraños los epígrafes que recogen datos sobre bautismos en los que el cálculo del intervalo de tiempo entre la fecha de la recepción del sacramento y la muerte nos muestra que se trata de un bautismo "in extremis": por ejemplo, Perpetuo murió cinco días después de su bautismo a causa de una enfermedad[52]; Fileta fue bautizada el 26 de marzo 338, día de Pascua, murió el 3 mayo[53]; y la niña Tyche falleció el mismo

[46] ICUR NS, X, 26329: «Aproniane, crededisti in deo, vives in XP». Lo mismo se dice del niño Celerino: «fidelis quiescis in pace, (ICUR NS, I, 1439)».

[47] "Baptizatus est" aparece por primera vez en Roma en una lápida funeraria de los años 337-348. Cfr. A. Ferrua, "*Antichità cristiane. Il sarcofago di un bambino del IV secolo*" en «La Civiltà Cattolica» 118 (1967), pp. 353-362. En una lápida del año 459 se lee "baptidiata" (ICUR NS, I, 927, citado por Janssens, *Vita*..., cit. p. 19).

[48] Cfr. ICUR NS, I, 1724: "fidem accep[it]"; I, 1764: "post adceptione(m) sua(m)"; IV, 11806: "accepta dei gratia quarta die virgo obit"; VI, 15634: "gratia sancta consecutus"; ICUR NS, I, 1099: "παραλαβεῖν τὴν χάριν τοῦ θεοῦ"; VII, 17548 (a. 414): "παραλαβεῖν πίστιν"; I, 2977: "καλῶς ᾠξιωμένῳ τὴν χάριν τοῦ θεου".

[49] Cfr. ICUR NS, II, 4219b: "donatus munere Christi".

[50] J. Janssens, *Vita*..., cit., p. 21.

[51] Cfr. ICUR NS, III, 8716: "qui cru[ce]m accepit d(omini) n(ostri)".

[52] Cfr. ICUR NS, I, 2087: "defun[ctus ne]ofitus, perit in dies V".

[53] ICUR NS, III, 7379.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

día de su bautismo[54]. En otros epígrafes se ve la diferencia de un día entre el bautismo y la defunción; lo mismo resulta de las inscripciones con el añadido de los días sobrevividos después del bautismo.

Vivientes en Cristo

Conservamos también expresiones que recogen la creencia en Cristo manifestada de modo simbólico, como es el caso de una inscripción de comienzos del siglo III: «A los dioses Manes Pez de los vivientes. A Licinia Amias, benemérita vivió...»[55]. Es relevante la invocación griega a Cristo *pez de los vivientes* (Ἰχθὺς Ζώντων), transcrita por medio del acróstico y seguida por la representación de un ancla y dos peces enfrentados, que parecen su traducción en imágenes. Sabemos de la existencia del acróstico desde el siglo II, pues el mismo Abercio, en los versos 12 a 13 de su epitafio, nos ha conservado un ejemplo, tal vez el primero conocido para nosotros, de su uso[56].

Cabría añadir además que la representación del pez acoge una amplia gama de significados. «La polivalencia semántica parece tender, en la concepción paleocristiana, hacia el significado bautismal, si nos atenemos a la célebre cita tertulianea de *De baptismo*, que compara a los creyentes con los "pisciculi": éstos obtienen la salvación naciendo y permaneciendo en el agua, de acuerdo con lo sugerido por Jesucristo, el pez por excelencia[57]. A este significado básico se superponen otros, como la memoria del milagro de los panes y de los peces y la alusión eucarística, que encuentra también expresión en el conocido acróstico del ΙΧΘΥΣ = Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador»[58].

Vemos que la presencia del símbolo tiene un fuerte sentido bautismal y, en conexión con la palabra "vivientes", lo refuerza ya que «el término "vivientes" (Ζώντες) parece que se empleó desde el siglo II para aludir a los creyentes, vivi-

[54] E. Diehl (ed.), *Inscriptiones latinae christianae veteres*, vols. I-III, Berlín 1924-1928 (=Diehl), 1531: "Tyche dulcis | vixit anno uno | mensibus X, dib. XV, accepit VIII k[al...] | reddidit die s.s.".

[55] ICUR NS, II, 4246: "D(is) M(anibus) Ἰχθὺς Ζώντων/ Liciniae Amiati be/nemerenti vixit". La dedicatoria a los dioses *manes* aparece en muchas inscripciones cristianas y perduró como algo convencional, significando que el sepulcro se pone bajo la protección de la ley romana, como lugar sagrado.

[56] «πίστις πάντη δὲ προ γε | καὶ παρέθηκε τροφὴν πάντη ἰχθύν ἀπὸ πηγῆς». Hemos tomado el texto de H. Leclercq, "*Abercius*" en H. Leclercq (dir.), *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, I/1, Paris 1907, cols. 66-87.

[57] Cfr. Tertuliano, *De baptismo*, 1, 3.

[58] F. Bisconti, "*La decoración de las catacumbas romanas*" (pp. 71-144) en Aa.Vv., *Las catacumbas...*, cit., nota 277, p. 144.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ficados por el sacramento bautismal»[59]. Hay pues una conciencia de saberse "vivificados", insertados en una nueva vida adquirida por el bautismo[60].

El rápido cuadro que acabamos de esbozar nos ofrece algunos indicios de la concepción de los primeros cristianos acerca del sacramento del bautismo. Son testimonios discretos, sin una reflexión en sí misma, lógicamente por la naturaleza misma de las inscripciones, pero son palabras que plasman con veracidad y sutileza la fe de los primeros siglos.

De estos trazos podemos sintetizar tres puntos: el bautismo como rasgo distintivo, la actitud del cristiano ante el sacramento —apertura al don y valoración del mismo— y el bautismo como sacramento que vivifica.

Estos puntos, leídos a la luz de las enseñanzas del Beato Josemaría, nos muestran una continuidad y similitud de espíritu con los fieles de la Iglesia primitiva. En primer lugar hay una plena armonía con el sentido del sello como un rasgo distintivo de ámbito espiritual. En una afirmación en la que Monseñor Escrivá invita a pensar en la vida de los primeros cristianos recuerda: «ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime del bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos»[61]. Las inscripciones no dan solemnidad al hecho del bautismo: es una realidad que se menciona con una sola palabra: *fiel*, aunque no por esa sencillez deja de ser *sublime*, *resplandeciente* —como el obispo Abercio designó ya en el siglo II— y como recuerda el Beato Josemaría: «El bautismo nos hace 'fideles' —fieles, palabra que, como aquella otra, 'sancti' —santos, empleaban los primeros seguidores de Jesús para designarse entre sí, y que aún hoy se usa: se habla de los *fieles* de la Iglesia. —¡Piénsalo!»[62].

Se concibe como *sublime* porque es considerado como *condecorado con el don de Cristo*[63], hecho que, a su vez, establece una pertenencia que también destaca Monseñor Escrivá: «Al traerte a la Iglesia, el Señor ha puesto en tu alma un sello indeleble, por medio del bautismo: eres hijo de Dios. —No lo olvides»[64]. Así, el bautismo, teniendo este carácter de don no se distribuye indiscriminada-

[59] D. Mazzoleni, "*La producción epigráfica...*", en Aa.Vv., *Las catacumbas...*, cit. p. 154.

[60] Una breve mención a la iconografía contribuiría a enfatizar la importancia del bautismo ya que se trata de uno de los motivos pictóricos más antiguos, y que además aparecen con más frecuencia en los inicios del arte paleocristiano: cfr. E. Dassmann, "*Bautismo. II. Iconografía*", en *Diccionario patrístico...*, vol. I, cit., p. 305).

[61] *Conversaciones*, 24.

[62] *Forja*, 622.

[63] Cfr. ICUR NS, II, 4219b: "donatus munere Christi".

[64] *Forja*, 264.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mente: con los catecúmenos, que son "candidatos en Cristo"[65], se muestra una clara y tajante distinción y se deja ver que, aunque están en vías de ser *fieles*, no han recibido todavía el sacramento.

Se es un "fiel en Cristo", no sólo en el momento de la muerte, sino durante la vida precedente, de la cual se cuentan los años que se ha vivido así: "vivió en Dios dos años"[66], "vivió en Cristo treinta y tres años"[67], subrayando incluso la intimidad de esa vida, como se dice de Miliano, que "vivió en su Señor"[68].

El último punto que mencionaremos sobre el bautismo es como sacramento que vivifica: los cristianos son los *vivientes*, y vivientes en Cristo. Esa misma percepción la señala el Fundador del Opus Dei: «No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (*Gal* 2, 20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas»[69].

b) Paz y fraternidad

Exponemos brevemente otros rasgos de las creencias y costumbres de los primeros cristianos: el concepto de paz y la fraternidad de los fieles.

El estudio comparativo de 531 epígrafes de los primeros núcleos cementeriales[70] pone de relieve dos datos significativos: el primero es que los elementos para aludir a aspectos propiamente cristianos son el dibujo de anclas, de peces —símbolo mencionado anteriormente— y la presencia de un término con contenido específico: *paz*, "pax"-εἰρήνη. Estos se encuentran únicamente en el 19% de los epígrafes, 101 de los 531 mencionados[71]. El segundo dato es el uso de un solo

[65] Cfr. ICUR NS, I, 3495.

[66] ICUR NS, VII, 18912: "vixit in Deo annis duobus".

[67] ICUR NS, III, 8750: "vixit in Chr(ist)o annis XXXIII".

[68] Cfr. ICUR NS, II, 6265: "Miliane v(ixit) in domin(o)/ suo am[en?]".

[69] *Es Cristo que pasa*, 58.

[70] Nos referimos a las inscripciones de finales del siglo II y comienzos del siglo III de las catacumbas de Priscila (Via Salaria), San Calixto (Via Appia), Calepodio (Via Aurelia), Novaciano (Via Tiburtina), Cementerio "Maius" (Via Nomentana). Los datos proceden de C.Carletti, "'*Epigrafia cristiana*'—'*Epigrafia dei cristiani*': *alle origini della terza età dell'epigrafia*", en *La terza*... cit., p. 115-135.

[71] Es llamativo el alto porcentaje de epígrafes, el 81%, 430 de los 531 mencionados, que no presentan un rasgo distintivo de la nueva fe, y que podríamos calificar *neutros*. Ahora bien, la abundancia de inscripciones neutras, en un primer periodo de la antigüedad cristiana, y

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nombre, “nomina singula”, para referirse al fiel, en un 62%, 326, de las inscripciones.

“Pax”-eijrhnh

Iniciaremos con una breve referencia al concepto de *paz* según los epígrafes. «La paz figura en la aclamación funeraria “in pace”, que nunca usaron los paganos, y que es muy frecuente en la epigrafía cristiana»[72]. Encontramos este término en una doble vertiente: como saludo y como deseo de descanso eterno para el difunto. En cuanto saludo, el término *paz* procede de las expresiones de despedida dirigidas por los vivos al difunto pues era habitual en la epigrafía funeraria clásica poner con cal en los epitafios locuciones como “salve”, “ave”, “vale”, χαῖρε, dirigidas al difunto, o bien como «un saludo al transeúnte, pidiendo en todo caso ser recordados; se trata lógicamente de una fórmula sin implicaciones espirituales, más cercana a la aspiración expresada por Horacio de ‘no morir del todo’ viviendo al menos en la memoria de los demás»[73].

Los cristianos adaptaron para sus inscripciones algo más acorde a sus creencias: saludar a los difuntos con el mismo término con que lo hacían entre ellos. Las fórmulas de saludo “pax”, “pax tibi”, “pax tecum”, εἰρήνη, εἰρήνη σοι, εἰρήνη σοῦ, «retoman directamente la forma del saludo corriente comunitario, que tiene su antecedente en el ‘shalom’ hebreo, bastante frecuente en la epigrafía hebrea de la diáspora, pero sobre todo, encuentra su raíz conceptual y su justificación cristiana en los escritos neotestamentarios donde “pax” y εἰρήνη constituyen lo “específico cristiano” en las formas de saludo entre los vivos»[74]. Obviamente, hay una clara tradición escriturística sobre el término en cuestión[75], a la que se añadiría el uso litúrgico[76]. En definitiva es desear un bien:

más en un tiempo de formación de un repertorio específico, tendente a la creación de la propia epigrafía, partiendo de la praxis pagana, no debe sorprender, teniendo en cuenta que el lugar —una catacumba, cementerio cristiano— “garantiza” la pertenencia a la comunidad fieles: cfr. C. Carletti, “‘*Epigrafia...*’”, cit., pp. 115-117.

[72] A. Hamman, “*Paz*”, en *Diccionario patrístico...*, cit., vol. II, p. 1725.

[73] D. Mazzoleni, “*La producción epigráfica...*, en Aa.Vv., *Las catacumbas...*, cit., p. 173.

[74] C. Carletti, “‘*Epigrafia...*’”, cit., p. 120.

[75] Cfr. A. Blaise, “*Pax*”, en *Dictionnaire Latin-Français...* , cit., p. 602-3. Donde se recogen como fórmula de saludo entre los judíos: “cum pace dimittere” (*Gen* 26,29 y *Act* 15, 23); “deducite illum in pace” (*1 Cor* 16, 11); “pax tecum” (*Iud* 6, 23); “pax tibi” (*Dan* 10,19); “pax vobis” (*Tob* 12, 17, *Luc* 24, 23 y Io 20,19); “pax huic domui” (Luc 10,5); “Nam et hodie Iudaei in pacis nomine appellant et retro in scripturis sic salutabant” (Tertuliano, *Adversus Marcionem*, 5, 5).

[76] H. Leclercq, “*Paix*” en F. Cabrol - H. Leclercq (dir.), *Dictionnaire d’Archéologie...*, cit., XIII/1, Paris 1937, cols. 465-483.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el don de estar con Dios. Encontramos, de hecho, un ejemplo de convivencia entre la forma cristiana y la clásica en un epígrafe en que se dice: «Leoncio, pax de los hermanos, adiós»[77].

A las fórmulas de saludo siguen, y pueden añadirse, como hemos mencionado, expresiones que desean el descanso eterno, dibujando así aspectos marcadamente escatológicos, destacando «el descanso del alma es la armonía con la voluntad divina (*Ier* 6,16 = *Mt* 11, 29) y más aún la comunidad escatológica con Dios»[78]. Esas fórmulas, por lo general, se elaboran también sobre los términos "pax"-εἰρήνη: "in pace" y ἐν εἰρήνῃ. A Valeria, que siempre ha vivido bien como fiel, se le desea la paz[79], y se afirma del neófito Marciano: «Los cielos se abren para ti. Tú vives en paz»[80]. Estas fórmulas se asocian a veces formas como "refrigerium", "dormitio, dormire": "duerme en paz"[81], "la paz contigo en Dios"[82].

«Los cristianos unían a la aclamación "in pace" un sentido místico y evangélico, que los judíos no podían dar. Para ellos, estas palabras significaban la doble resurrección de los fieles, la del alma, que esperaban ya realizada por el difunto, o que ellos le deseaban, y la del cuerpo, que el difunto debía esperar hasta el juicio final. La creencia en esta última resurrección se expresaba con las palabras 'dormit in pace"dormit in somno pacis' pues la muerte de un fiel es, según la Escritura, un sueño del que se habrá de despertar el día de la resurrección»[83].

De las primeras formas de saludo se llega, pues, a locuciones aclamatorias en las cuales se percibe claramente la dimensión escatológica, al desear, por ejemplo: «Paz a ti, Octavia. En paz»[84], como testimonio de que los dos grupos de fórmulas con "pax"-εἰρήνη tenían un uso efectivamente diversificado y no se oían como simples variantes de una misma palabra.

La paz, concepto complejo por la diversidad de matices en su significación, se muestra, según las acepciones que estamos tomando, como un bien que supera la esfera física: constituye un estado y es consecuencia de vivir en la cercanía a Dios, tanto en la vida como en la muerte.

[77] ICUR NS, IX, 25319: "Leonti p/ax a fra/tribus/ vale".
[78] J. Bauer, "*Descanso*" en Bauer(dir.), *Diccionario de teología...*, cit., p. 258.
[79] Cfr. ICUR NS, VII, 19429: "Valeria innocentissima/ et semper beneviventi fedeli/ in pace".
[80] ICUR NS, II, 4640: "Marcia/nus enon/fitus (!)/ recesi (!)/ celi (!) tibi pa/ten(t) bisbes (!) /in pace": cfr. también ICUR NS, IX, 25972, 26022.
[81] ICUR IX, 25350: "dormit in pace".
[82] ICUR IX, 25332: "pax tecum in d(eo)": cfr. también ICUR NS, IX, 24906 y 25455.
[83] F. Cabrol - H. Leclercq, "*Paix*" en *Dictionnaire d'Archéologie ...*, cit., col. 466.
[84] ICUR NS,IX, 25391: "Pax tibi, Octavia. in pace".

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Se perfila, como vemos, un contenido espiritual que enriquece el sentido judío y el paganos La paz es un bien en la vida de los cristianos, que brota en su existencia como resultado de estar unidos a Cristo, como una neta consecuencia del bautismo. Es un rasgo de la comunidad cristiana de los orígenes y que se hace extensible a todos los tiempos.

Nombres propios

El segundo rasgo que queríamos subrayar es el uso de un sólo nombre, "singula nomina", para designar a la persona difunta. En principio, no es necesaria más información para los demás creyentes: con el nombre se enfatiza individualidad en el conjunto de la comunidad, con el solo nombre se singulariza al fiel.

De las 531 inscripciones a las que estamos haciendo alusión, 326 recogen un solo nombre. Se trata de un aspecto característico de la más antigua epigrafía de los cristianos: el *laconismo arcaico*[85], aspecto que no parece tener ninguna implicación con motivaciones de orden material. No es falta de espacio[86], sino que recoge principalmente una intención: es una opción atenta y cuidada de los fieles cristianos en el curso de la primera mitad del s. III. El rechazo de unos textos más articulados, como podía verse en la praxis pagana, no puede interpretarse como una falta de habilidad de los cristianos. Se trata más bien de una manifestación de saberse formando parte de un conjunto, «era un estado que ellos expresaban: ἀδελφότης»[87], fraternidad.

Este punto enlaza con las consecuencias del bautismo: «la expresión 'hermano' quiere indicar al mismo tiempo la supresión de cualquier discriminación de raza, de edad, de condición, de sexo, y los nuevos vínculos, más fuertes que los de la sangre, que constituye el bautismo»[88], el hermano es de la misma religión y «el nombre que se daban los cristianos entre ellos»[89].

[85] G.B. De Rossi, *Roma sotterranea cristiana*, II, pp. 250-254, en C. Carletti, "'*Epigrafia...*, cit., p. 130. *Roma sotterranea cristiana* de G.B. de Rossi comprende tres volúmenes editados en Roma 1864-1877.

[86] «En el siglo III, como en los siglos sucesivos, los textos de las inscripciones, independientemente de su extensión, encuentran sin diferencia, lugar sobre soportes de dimensiones, unas veces enormes (cm 150 x 50), otras exiguos (cm 30 x 20)» (C. Carletti, *Epigrafia...*, en *La terza...*, cit., p. 130).

[87] H. Leclercq, "*Frères*" en F. Cabrol - H. Leclercq (dir.), *Dictionnaire d'Archéologie...*, cit., V/2, Paris 1923, col. 2578-2585.

[88] A. Hamman, "*Hermano*" en *Diccionario patrístico...*, cit., vol. I, p. 1022.

[89] Cfr. A. Blaise, "*Frater*", en *Dictionnaire Latin-Français...*, cit., p. 363, en donde se señala que el hermano es de la misma religión y era el nombre que se daban los cristianos entre ellos (cfr. Act 6, 3; 1 Cor 6, 6; Tertuliano *De idololatria*, 15).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cabría precisar que el contenido es distinto al que podían presentar las corporaciones romanas como los "fratres Arvales" o incluso del sentido protocolar que daban los judíos al dirigirse a los de su tribu o escuela. «El iniciador del sentido nuevo, íntimo, familiar dado a la palabra *hermano* fue el mismo Salvador cuando designó a su madre y a sus hermanos ἰδοὺ ἡ μητήρ μου καὶ οἱ ἀδελφοὶ μου (*Mt* 12, 48). San Pablo se expresará igual: πρωτότοκος ἐν πολλοῖς ἀδελφοῖς (*Rom* 8, 29). Clemente de Roma, la "Didaché", los apologistas conservan y emplean estas locuciones»[90].

En esta línea, resulta de interés el epitafio del esclavo Marcos[91], que formaba parte de los encargados del guardarropa imperial, residente en la calle del "Caelimontium" ("Caputafricesi"), donde tenía su sede la escuela para adiestrar a los esclavos de la casa imperial. A primera vista se podría concluir que tal epitafio no presenta signos de carácter cristiano. Sin embargo, las últimas líneas ofrecen un claro indicio por medio de una fórmula deprecativa, con la cual se suplica a los "buenos hermanos en nombre del único Dios", que no causen ningún mal a la lápida[92].

La fraternidad supone compartir unas creencias, pero también se refleja en un modo de vida que, además de subrayar la unidad, se trasparenta en una existencia impregnada de caridad que se manifestará también con quienes no son cristianos. «El sentido de la amistad y el de la fraternidad aparecen casi como un rasgo distintivo de los epígrafes dedicados a los hombres. El hecho de ser amable pone de relieve el carácter sereno, leal y disponible con respecto al prójimo, que responde plenamente a concepciones cristianas»[93].

Esta caridad ha quedado reflejada en el respeto a la persona, muchas veces en situaciones extremas: «Los sepulcros de exiguas dimensiones carentes de inscripciones en los cementerios romanos probablemente deban ser referidos a la caridad de ciertos creyentes que proveían de sepultura a estos pequeños no supervivientes: en la catacumba de Pánfilo, en una sola galería, de un total de 111 sepulturas 83 son de niños, y de éstas sólo 5 presentan epitafios»[94]. No sólo daban

[90] H. LECLERCQ, "*Frères*" en F. CABROL - H. LECLERCQ (dir.), *Dictionnaire d'Archéologie...*, cit., V/2, Paris 1923, cols. 2579-2585.

[91] Cfr. ICUR NS, X, 27126: «Alexander / Augg(ustorum duorum) ser(vus) fecit /se bivo (!) Marco filio / dulcisimo (!) caputa/ fricesi qui deputa/batur inter bestito/res (!) qui vixit annis / XVIII mensibu(s) VIIII / diebus(s) V. peto a bobis (!) /fratres boni per / unum deum ne quis / (h)ui[[c]] titelo moles[tet] / pos(t) mor[tem meam]». Proveniente de la catacumba de San Hermes. Fue hecha colocar por Alejandro, esclavo de los dos Augustos, seguramente Septimio Severo y Caracalla, colegas en el imperio entre 198 y 211.

[92] Cfr. D. MAZZOLENI, "*La producción epigráfica...*" en AA. VV., *Las catacumbas...*, cit., p. 153.

[93] *Ibidem*, p. 169.

[94] *Ibidem*, p. 170.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sepultura a los niños expuestos, sino también adoptaban a los abandonados que sobrevivían. A estos niños se les da el nombre de "alumni", como sabemos de «Vitalia, dulcísima hija adoptiva, cuyo padre adoptivo fue Dativo»[95], o bien el "alumno" Stercorio, abandonado y recogido entre la basura para ser adoptado[96].

Estos aspectos que acabamos de tratar pueden ser glosados con palabras del fundador del Opus Dei. En conexión con el bien espiritual que se deseaban existe una perfecta conexión entre las palabras del Beato Josemaría y el sentir de la primera comunidad: «Rechaza esos escrúpulos que te quitan la paz. —No es de Dios lo que roba la paz del alma. Cuando Dios te visite sentirás la verdad de aquellos saludos: la paz os doy..., la paz os dejo..., la paz sea con vosotros..., y esto, en medio de la tribulación»[97]. Y como consecuencia de vivir cerca de Dios se destaca la santidad: «Remedio para todo: ¡santidad personal! —Por eso, los santos han estado llenos de paz, de fortaleza, de alegría, de seguridad...»[98].

Si los fieles se deseaban la paz, saludo frecuente que llegó a trazarse en las inscripciones, es porque era un rasgo característico entre ellos en la vida y en la muerte. Algo que el mismo Beato Josemaría subraya de aquéllos y quiere hacer presente: «Eso fueron los primeros cristianos, y eso hemos de ser los cristianos de hoy: sembradores de paz y de alegría, de la paz y de la alegría que Jesús nos ha traído»[99].

En relación con la fraternidad, el aspecto que sobresale en las inscripciones más antiguas es el saberse formando una unidad que sobrepasa cualquier otra distinción. Es significativa esta mención de Monseñor Escrivá: «La libertad cristiana nace del interior, del corazón, de la fe, pero no es algo meramente individual, sino que tiene manifestaciones exteriores. Entre ellas, una de las más características de la vida de los primeros cristianos: la fraternidad. La fe —la magnitud del don del amor de Dios— ha hecho que se empequeñezcan hasta desaparecer todas las diferencias, todas las barreras: ya no hay distinción de judío, ni griego; ni de siervo, ni de libre; ni de hombre ni de mujer: 'porque todos sois una cosa en Cristo Jesús' (Gal 3, 28). Ese saberse y quererse de hecho como hermanos, por encima de las diferencias de raza, de condición social, de cultura, de ideología, es esencial al cristianismo»[100].

[95] ICUR NS, III, 9246: "Vitaliae, alumnae karissimae Dativus nutritor".
[96] Cfr. ICUR NS, V, 15307; "Sterco[rius] qui vi[xit] / bene[me]renti / alumn[o su]o Nice".
[97] *Camino*, 258.
[98] *Surco*, 653.
[99] *Es Cristo que pasa*, 30.
[100] Artículo "*Las riquezas de la fe*", cit.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Por lo que se refiere al uso de los "singula nomina", además de presentar el sentido de la individualidad del fiel dentro de la comunidad, podemos aventurarnos a hipotizar que en el fondo subyazca también una idea acorde con la tradición bíblica, el fiel llamado por su nombre, pasaje que con frecuencia comentó el Beato Josemaría: «Otra vez se oyen los silbidos del buen Pastor, con esa llamada cariñosa: *ego vocavi te nomine tuo* (*Is* 43, 1). Nos llama a cada uno por nuestro nombre, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras»[101].

c) Trabajos cotidianos

Para completar el panorama, señalamos los tipos de actividades y ocupaciones de los fieles de Roma pues «un elemento particularmente valioso para reconstruir la composición de las comunidades cristianas de los primeros siglos es sin duda la indicación de la actividad desarrollada en vida por los difuntos, ya que el trabajo era considerado un componente esencial de la vida de un creyente, una auténtica obligación social»[102]. De hecho, la Sagrada Escritura recuerda este aspecto: «el hombre trabaja mientras es de día (cfr. *Sal* 104, 22 ss; *Jn* 9, 4). No se pensaba en un día de seis u ocho horas, sino que se calificaba de necedad (pecado) estar ocioso desde el amanecer hasta la puesta del sol»[103]. Por eso, «fieles a la tradición judía (Cfr. *Gen* 2, 15; *Ex* 20, 9; *Sir* 38, 29-35) y neotestamentaria (*Mc* 6, 3; *Mt* 10, 10; 13, 1; 24, 45.51; *1 Tes* 2,9; *2 Tes* 3, 10-12; *1 Cor* 2, 12; *Eph*, 4, 20, etc.) los padres rehabilitan el trabajo en todas sus formas y recuerdan la obligación. El trabajo es, según ellos, una institución divina escrita en la obra de la creación (Ireneo, *Adver. haer.* V, 3, 2). No minimizan la pesada carga del trabajo (Ireneo, *Adver. haer.* V, 33, 2; Clemente Alejandrino. *Protret*. 115, 1), pero ensalzan asimismo fuertemente su insustituible dignidad y grandeza; con su trabajo, el hombre participa en la obra del Creador e imprime un sello personal a sus realizaciones; toma conciencia, en la obra acabada, de sus cualidades, de su habilidad y de su talento»[104].

Resultan de interés las palabras de Tertuliano quien deja entrever algunas actividades y, principalmente, una actitud frente a éstas que puede corroborarse también en las inscripciones romanas. El autor, en relación con lo que estaba pre-

[101] *Es Cristo que pasa*, 59; cfr. *bid.*, 32; *Amigos de Dios*, 312; *Forja*, 7.
[102] D. MAZZOLENI, "*La producción epigráfica...*" en AA.VV, *Las catacumbas...*, cit., p. 160.
[103] J. BAUER, "*Trabajo*" en BAUER(dir.), *Diccionario de teología...*, cit., p. 1030.
[104] CH. MUNIER, "*Trabajo*" en *Diccionario patrístico...*, vol. II, cit., pp. 2139-2140.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sente desde época apostólica, «no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso»[105], se lamenta por la acusación de inactividad que parece recaer sobre los cristianos: «se dice que estamos ociosos; pero ¿cómo es esto posible para hombres que viven entre vosotros, que comen la misma comida, que visten las mismas ropas, que gozan de la misma instrucción y tienen las mismas exigencias?... Con vosotros navegamos y con vosotros prestamos el servicio militar; nos dedicamos a la agricultura y al comercio; canjeamos y vendemos nuestros productos. No sé, pues, por qué aparecemos improductivos en vuestros asuntos en los cuales y de los cuales vivimos»[106].

El campo epigráfico agrupa inscripciones con la mención de estas tareas, si bien reúne además una extensa producción incisa, frecuente a mediados del siglo IV, y que muestra «al fiel concentrado en su trabajo o las herramientas propias de su oficio»[107]. De este modo, decenas y decenas de barriles[108], balanzas[109], escalpelos[110], hachas, husos[111], compases, moyos (la unidad de medida del grano)[112], martillos[113], tijeras, instrumentos musicales...[114], comparecen en las lápidas funerarias romanas[115]. No faltan tampoco médicos y dentistas, allí donde están representados diversos instrumentos quirúrgicos: un bisturí, unas tenazas, para la extracción de dientes, cucharas...[116], el dibujo de un par de pinzas que sujetan un molar

[105] "πῶς μὴ ἀργὸς μεθ᾽ὑμῶν ζήσεται Χριστιανός" (*Didaché* XII, 4). El capítulo concluye advirtiendo fuertemente que el cristiano que no quiere tomar un oficio es un "traficante de Cristo", χριστέμπορός ἐστι (*Didaché* XII, 5).

[106] TERTULIANO, *Apologeticum*. 42, 1-3; cfr. F. BISCONTI, "*La letteratura patristica ed iconografia paleocristiana*", en A. QUACQUARELLI (a cura di), *Complementi interdisciplinari di Patrologia*, Città Nuova, Roma 1989, p. 394.

[107] La información procede de D. MAZZOLENI, "*La producción epigráfica...*", en AA.VV., *Las catacumbas...*, cit., pp. 160-164. Una selección de inscripciones, como primer punto de referencia, se encuentra en E. KIRSCHBAUM - E. JUNYENT - J. VIVES, *La tumba de San Pedro y las catacumbas romanas*, Madrid 1954, pp. 525-543.

[108] Cfr. ICUR NS, X, 26547.

[109] Aparece una balanza en la lápida del banquero-cambista "numul(arius) — Aurelius Venerandus" (ICUR NS, VIII, 23104).

[110] Cfr. ICUR NS, V, 13870 c.

[111] Cfr. ICUR NS, V, 15253 b.

[112] Cfr. ICUR NS, I, 327.

[113] Un martillo (y originariamente también un escalpelo) fueron incisos en la lápida del escultor "(artifici signario) Maecius Aprilis" (ICUR NS, VII, 19054).

[114] Por ejemplo, un órgano decora el epígrafe de "Gentilla" en Comodila (ICUR NS, II, 6204).

[115] D. MAZZOLENI, "*La producción epigráfica...* en AA.VV., *Las catacumbas...*, cit., p. 160.

[116] Cfr. ICUR NS, V, 15255.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

extraído[117], o la figura de un dentista en plena operación, por citar algunos ejemplos[118].

El cuerpo epigráfico recoge, ya con letra en formularios —cuya datación es de la segunda mitad del siglo III en adelante— la gran heterogeneidad de los oficios y profesiones. Sabemos que cierto Mercurio era hornero[119], Pomponio Félix lechero[120], como Quinto, residente en la zona de Letrán[121]. Leopardo era pastelero[122], Primitivo y Adodato, carniceros[123]. Felicísima vendía aceite[124], Ursa, fruta[125], Polecla, cebada[126] y Leoncia comerciaba con botellas en la Puerta Trigémina[127]. Otros, como Silvano, eran marmolistas[128], Leopardo fabricaba clavos[129]; talladores de gemas o de marfil, como se lee de Olimpio[130]. Vicenta era encargada de la manufactura del hilo de oro[131], Victora, que amó a los pobres, operaria[132], Aulia Hilaritas era "conditaria", vendedora de alimentos de larga conservación[133]; y Sabinio, vidriero[134].

No faltan tampoco notarios[135] y estenógrafos[136], médicos y también veterinarios, como Secundino[137]. Hay también maestros[138], empleados de la "anno-

[117] Cfr. ICUR NS, I, 19846.
[118] Cfr. D. Mazzoleni *et Alii*, "*Dentisti nell'arte paleocristiana*" en *La Nuova Stampa Medica Italiana* 3, 1983, 5, pp. 155-162.
[119] Cfr. ICUR NS, II, 4247: "Mercurius pisturis".
[120] ICUR NS, IX, 25435: "Pomponius Felix [[l]]ac[[t]]eari/us".
[121] Cfr. ICUR NS, V, 14583: "Quintus lactearius... qui fuit de domum (!) Laterani".
[122] Cfr. ICUR NS, VII, 19027: "Locus Leopardi / dulciari et Feli/cissimes".
[123] Cfr. ICUR NS, III, 9093: "Primitivo ...lanius (!)"; ICUR NS, III, 6524: "locus Adodati porcinari".
[124] Cfr. ICUR NS, III, 6699: "Felicissima oliaria".
[125] Cfr. ICUR NS, II, 6114: "Ursa pomaria".
[126] Cfr. ICUR NS, III, 7751: "Pollecla, quae ordeu(m) bendet(!) de bia (!) Nova"
[127] Cfr. ICUR NS, V, 15389: "Leontia... ad porta Trigemina lagunara (!)"
[128] Cfr. ICUR NS, I, 1761: "Silbanus marmorarius".
[129] Cfr. ICUR NS, IV, 12476: "Leopardus de Belabru ... clabarus (!)".
[130] Cfr. ICUR NS, II, 6111: "Locus Olympi elefantari(!)". Olimpio probablemente realizaba y vendía objetos de marfil. El término "elephantarius", hasta ahora único en latín, es interpretado por algunos como domador de elefantes en los juegos del circo.
[131] Cfr. ICUR NS, IV, 12503: "aurinetrix".
[132] Cfr. ICUR NS, I, 1420: "Bictora... amatrix pauperorum et operaria", falleció en 341.
[133] Cfr. ICUR NS, I, 1519: "Aul(ius) Maximus / [cond]ditarius de castris pra/[etor]ibus Aul(ia) Hilaritas condita/riae eos in pace".
[134] Cfr. ICUR NS, II, 4675: "Artis ispeclararie Sabinius Santias anima dulcis...".
[135] Cfr. ICUR NS, IX, 25812: "notario".
[136] Cfr. ICUR NS, IX, 26113: "Ολυμπίῳ σημιογράφῳ".
[137] Cfr. ICUR NS, V, 15403: "Secundinus mulomedicus".
[138] Cfr. ICUR NS, IX, 23947: "Coritus magiter (!)".

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

na”[139], hombres del ejército, de distintos grados, incluidos pretorianos (cuyo cuerpo fue disuelto por Constantino), caballeros y ‘equites singulares’[140].

Cabría añadir una consideración más sobre la tarea profesional: la moralidad de algunos oficios. «A los cristianos estaban vedados sólo los oficios que estaban directamente relacionados con la idolatría, la violencia o la inmoralidad»[141]. Por contraste, «la documentación epigráfica romana proporciona una prueba suplementaria a este respecto, mostrando la existencia de fieles que ejercían tranquilamente actividades relacionadas con el mundo del espectáculo, lo cual lleva a la conclusión de que en realidad no siempre —o, en cualquier caso, no en todas partes— estos trabajos fueron prohibidos a los cristianos, al menos aquellos que no eran contrarios a la moral, o que no comportaban violencia»[142]: encontramos la mención de algún pantomimo[143], de un experto en gimnasia[144], de un saltimbanqui[145], y cierto Félix era probablemente instructor de gladiadores, “doctor”[146].

De los datos que aportan los epígrafes podemos decir que el trabajo se presenta como una exigencia social, que siendo, además la ocupación de un cristiano, debe ser una tarea que respete y favorezca la conducta de quien cree en Cristo.

El elenco de profesiones es también una pequeña muestra de una existencia normal y común. De hecho, en continuidad con el Nuevo Testamento, «el cristiano ha de permanecer en su profesión (cfr. 1 Cor 7, 20 ss), pues lo decisivo no es la posición en el mundo, que no es el fin, sino medio para el fin. Es incluso indiferente que uno sea esclavo; posiblemente, obispos de la primitiva Iglesia fueron esclavos (Eucaristo), que habrían sido rescatados con fondos de la comunidad. Pero siempre vige la regla de permanecer en el estado en que uno ha venido a la fe»[147].

El mensaje del Beato Josemaría sobre el trabajo constituye, sin duda alguna, una aportación de hondura infinitamente mayor de lo que se desprende de

[139] Cfr. ICUR NS, III, 8669: “Leo officialis ann(onae)!”.
[140] Cfr. ICUR NS, IX, 25033: “Blossio Urbano eq(uiti) R(omano); VIII, 21973: “eq(ues) singularis Quartinus”.
[141] CH. MUNIER, “*Trabajo*” en *Diccionario patrístico...*, vol. II, cit., p. 2140; cfr. *Traditio Apostolica*, 16.
[142] D. MAZZOLENI, “*La producción epigráfica...* en AA.VV., *Las catacumbas...*, cit., p. 163.
[143] Cfr. ICUR NS, II, 5130: “his requii[scit (!) —-]) pantonmus]...”
[144] Cfr. ICUR NS, I, 1983: “Erotis a[[l]]umno / dulcisimo (!) et pammuso / gymnico”.
[145] Cfr. ICUR NS, V, 13698: “m]emoria catadromarius [¿ludis? —-]...”.
[146] Cfr. ICUR NS, VII, 18774: “Felix doctor in p(ace)”.
[147] J. BAUER, “*Trabajo*”, en BAUER (dir.), *Diccionario de teología....*, cit., p. 1027.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

las simples inscripciones, pues se trata una comprensión de la dimensión del trabajo en la obra de la Creación y de la Redención. Sin embargo, desde el punto de vista de nuestro estudio, podemos destacar no sólo la exigencia social del mismo, sino también la faceta del trabajo como lugar habitual —y categoría teológica— del fiel corriente, continuamente subrayado en los escritos del Fundador del Opus Dei. «Somos nosotros hombres de la calle —recuerda en una homilía—, cristianos corrientes, metidos en el torrente circulatorio de la sociedad, y el Señor nos quiere santos, apostólicos, precisamente en medio de nuestro trabajo profesional, es decir, santificándonos en esa tarea, santificando esa tarea y ayudando a que los demás se santifiquen con esa tarea. Convenceos de que en ese ambiente os espera Dios, con solicitud de Padre, de Amigo; y pensad que con vuestro quehacer profesional realizado con responsabilidad, además de sosteneros económicamente, prestáis un servicio directísimo al desarrollo de la sociedad, aliviáis también las cargas de los demás y mantenéis tantas obras asistenciales —a nivel local y universal— en pro de los individuos y de los pueblos menos favorecidos»[148].

Y ese aspecto que se ha vivido en la Iglesia desde los primeros momentos, el colaborar con los planes de Dios sin cambiar la esencia de la propia vida, está también presente en la predicación de Monseñor Escrivá; así lo explica de modo gráfico comentando los episodios de las dos pescas milagrosas, con referencia a Pedro y los demás discípulos como ejemplos vivos para los cristianos de todos los tiempos: «en esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo, que nos espera en la orilla del lago. Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después»[149].

4. Conclusiones

En estas páginas hemos tratado de formar un cuadro, reducido y selectivo, de algunos rasgos característicos de los cristianos de Roma en los primeros siglos de la vida de la Iglesia, así como se desprenden de los epígrafes romanos, e iluminarlos con las consideraciones del Beato Josemaría acerca de los fieles de ese tiempo.

[148] *Amigos de Dios*, 120.
[149] *Ibidem*, 264.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Los aspectos tratados: el bautismo, la paz y fraternidad, las ocupaciones, nos muestran una creencia vivida con firmeza en una existir común: el fiel es sólo y exclusivamente el bautizado, un "viviente en Cristo", realidad que le distingue y compromete: se convierte en miembro de una fraternidad cuyos lazos superan cualquier aspecto meramente social y además su conducta debe ser acorde con su fe, pues hay oficios que no entran en la lógica de un ser y vivir en Cristo, como son la inmoralidad y la ociosidad.

El aspecto que sobresale especialmente de los epígrafes más antiguos es un marcado laconismo, que podríamos interpretar como cierta carencia de énfasis: las inscripciones reflejan una realidad cristiana que se muestra como hecho vivido, sin mayor intención de ponerlo de relieve: se es fiel, se descansa en paz, se es hermano y no parece necesario añadir más términos, es en definitiva, una situación asumida con naturalidad.

La opción por la epigrafía favorece el poder leer «aún lo que no está escrito, pero que se oculta detrás de una 'lapidaria' y aparentemente fría secuencia de vocablos, que sintetizan una historia, una vida, un suceso, un pensamiento, una norma, un aviso»[150] y de este modo poner ante nuestros ojos, aunque fragmentariamente, el panorama de un quehacer cotidiano «una "historiografía de las personas" y en particular, diríamos hoy "de la gente común", en definitiva, de aquellos que, como se ha dicho, "no han dejado huella en el gran registro público de las *res gestae*"»[151]. Son rasgos de esas primeras generaciones que el Beato Josemaría considera un modelo para vivir en el presente: «Somos cristianos corrientes; trabajamos en profesiones muy diversas; nuestra actividad entera transcurre por los carriles ordinarios; todo se desarrolla con un ritmo previsible. Los días parecen iguales, incluso monótonos... Pues, bien: ese plan, aparentemente tan común, tiene un valor divino; es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes. Este pensamiento es una realidad sobrenatural, neta, inequívoca; no es una consideración para consuelo, que conforte a los que no lograremos inscribir nuestros nombres en el libro de oro de la historia»[152].

Para concluir, podríamos subrayar que la percepción del Beato Josemaría sobre aspectos perennes en la vida de la Iglesia y, especialmente su profundiza-

[150] I. Di Stefano Manzella, "*L'epigrafia a Roma: una e indivisibile*", en I. Di Stefano Manzella (a cura di), *Le iscrizioni dei cristiani in Vaticano, (Inscriptiones Sanctae Sedis, 2)*, Città del Vaticano 1997, p. 99.

[151] Cfr. G. Susini, *Epigrafia romana*, Roma 1982, p. 99, en C. Carletti, "*Linguaggio biblico e comunità a Roma nel III sec.: il contributo delle iscrizioni dell"arenario' del Cimitero di Priscila*", en «Annuario di Storia dell'Esegesi» 2, (1985), pp. 201-202.

[152] *Es Cristo que pasa*, 174.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ción en un espíritu que conduce a la santidad, lleva a constatar que «pasado y presente se entrelazan en la fe vivida de cada comunidad eclesial. Es propio de los santos permanecer misteriosamente "contemporáneos" de cada generación: es la consecuencia de su profundo arraigarse en el eterno presente de Dios»[153].

[153] JUAN PABLO II, Carta Apostólica, *Operosam diem*, (1-XII-1996), 3.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei